

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

## MADRID

Pesetas

Mes.....	1
Trimestre.....	3 5
Semestre.....	5
Año.....	10

## PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Semestre.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y U. L. mar.....	3 pesos

## CORRESPONSALES

25 números de EL MOTIN. 2,50

## NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.

ADMINISTRACIÓN  
Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se sirven el al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

## CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio Bau Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

## NÚMERO ATRASADO

15 céntimos.

## PERIODICO SATIRICO SEMANAL

## VOTO DE CALIDAD

He sostenido que la unión pactada era exclusivamente electoral, y que, cuanto cumpliera este objeto, quedaría anulada, sino deshecha.

He seguido paso a paso, sin decir nada, porque no quería restar un solo voto a los candidatos, las peripecias de las elecciones entre los republicanos, y he sacado la triste convicción de que no iremos a ninguna parte mientras la unión no se haga exclusivamente para otros fines que los electorales.

He visto con pena que nosotros, los llamados a revelar en todos nuestros actos la seriedad y mesura que corresponde a los que se han impuesto la misión de salvar la patria, hemos apelado a recursos de charlatanismo, a exhibiciones teatrales, a procedimientos de sacamuelas callejeros, en Madrid más que en otras poblaciones.

He contemplado los espectáculos que hemos dado en Valencia, Badajoz, Tarragona, Alicante y otros puntos, donde el insulto unas veces, la difamación otras, la ambición desordenada muchas, y la traición varias, han sustituido a la palabra fraternidad, de que tanto hemos usado y abusado desde que so anunciaron las elecciones.

He aprendido, y esto es mas triste que todo, que el pueblo no se ha curado aún de su antigua candidez, a posar de los desengaños recibidos, y que sigue todavía al que le halaga con palabras huecas para elevarse sobre sus hombros, y no se cuida del que le sirve lealmente sin hacerle mentidas promesas ni adularle con bajos conceptos; al que en la navegación hacia el continente de la justicia, le muestra a cada bordada las islas de verdura que finje su deseo, mientras murmura o se subleva contra el que trata de enderezar la nave por el derrotero debido; al que le ofrece la República para el día siguiente, en tanto que desoye las prudentes advertencias de los que le auguran buen éxito si sabe merecerla y trabaja por alcanzarla.

He lamentado que algunos, en vez de decirle, «estás en camino de llegar, si perseveras,» le hayan hecho creer que ya apenas tiene que hacer nada, y hayan levantado sobre el pedestal de un triunfo halagador, pero ineficaz, una estatua a la bullanga, a la garrulería, tomando de la Revolución francesa únicamente la parte ridícula, sin imitar a sus hombres en la grandiosa: el sacrificio constante, su indiferencia hacia la vida, el verdadero amor al pueblo, que palpita hasta en los menores actos de los más equivocados.

Y apesar de seguir, ver, contemplar, aprender y lamentar todo eso, he continuado callando y aguardando a que algún hecho claro, indiscutible, y que revistiera importancia por la autoridad del partido o la persona que lo realizase, me permitiera afirmar de nuevo que la coalición, tal cual se ha pactado, durará poco y traerá grandes perturbaciones al partido republicano. Y ese caso ha llegado.

Véase lo que el Sr. Pi ha escrito en el último número de su periódico:

«Sin el partido único no sería posible el día del triunfo, ni establecer nada sólido, ni conjurar los graves peligros a que en toda revolución da margen la discordia entre los que la promovieron. Siete cabezas con siete distintos pensamientos, es evidente que nada podrían hacer, ni para evitar conflictos, ni para el inmediato alivio de los males de la patria. Habrían de consumir fozosamente el tiempo en inoportunas deliberaciones y estériles luchas, atento cada uno a preparar el terreno para que sus correligionarios preponderasen en las Cortes, y sus particulares principios prevaleciesen.

Es convenientísima la rápida formación del partido único. La nación espera de la República, no tardíos, sino pronto remedios, y sería altamente peligroso que la República no empezara a cumplir desde luego tan justa esperanza. Nuestros enemigos aprovecharían tan incoherente deficiencia para enflaquecer los ánimos, difundir recelos y promover disturbios.

Merced a la división en que vivimos, no hay todavía para los republicanos ni un criterio político, ni un mismo criterio social, ni un mismo criterio económico. O debemos buscarlos juntos, o es de absoluta necesidad que, ROTA LA UNIÓN, los busque cada partido en sus propios y peculiares principios, y, como no sea para destruir, prescinda de los demás partidos. LO DEMÁS ES ENGAÑARNOS Y ENGAÑAR AL PUEBLO.»

*Es de absoluta necesidad romper la unión... Estamos engañando al pueblo...*

Cuando el Sr. Pi, que ha intervenido en todas las discusiones para pactarla, lanza esas graves palabras, convencido debe estar de que para nada sirve la coalición, una vez cumplido el fin electoral.

Véase ahora con cuánta razón la combatí antes de pactarse, y qué poca importancia le he dado después; y véase también cuánto yerran o cuánto fingen los que aseguran que esa coalición traerá la República; los que alborotan, gritan y se entusiasman cual si ya la tuviéramos, cuando precisamente ahora, si hemos de conseguir algo, debe comenzar la labor difícil, peligrosa, donde el egoísmo ceda ante la abnegación, donde se aprecie más al que más verdaderos sacrificios haga, y merezca más el que más exponga. No; no cabe echarlo todo a barato, ni nada se resuelve con dar vivas, ni con hablar sin ton ni son, ni con pronunciar brindis en los banquetes, todos los días y con cualquier pretexto celebrados, mientras acusamos a la monarquía porque el pueblo no tiene pan que llevarse a la boca; mientras hombres como el teniente Gonzalez, compañero de Villacampa en la capilla, se ven obligados, para no perder una vida que arriesgaron por la República, a aceptar en un hospital el puesto de ordenanza por dos pesetas; ¡el, que tenía ordenanza cuando se sublevó!

No, mientras hagamos lo que hoy hacemos y no lo que debemos hacer, y nos contentemos con matar diariamente la monarquía con frases huecas, discursos rancios, artículos declamatorios y fiestas campestres, demostraremos que, como yo he dicho de los jefes, y ahora repite aludiendo a todos los republicanos el Sr. Pi, *estamos engañando al pueblo, o no merecemos la honra de representarlo.*

JOSÉ NAKENS.

## CLEMENCIA EPISCOPAL

El pueblo español es, y debemos alegrarnos de que sea así, tan aborrecido del delito como compasivo con los delincuentes. En los primeros momentos de cometerse un crimen, si posible le fuera, cojería al criminal y le aplicaría la pena de Talión, la ley de Lynch.

Pero después, y poco a poco, sobreviene una reacción de piedad a favor del reo, sobre todo cuando lo ve amenazado de una sentencia de muerte, y los primeros ímpetus de rigurosa justicia ceder el puesto a los generosos sentimientos de la caridad. Parece como que se olvida de la culpa cometida para pensar sólo en la enormidad de la pena.

Y esto no es nuevo entre nosotros; no es de ahora, que las nuevas corrientes del derecho penal tienden a abolir la pena de muerte, la han suprimido en

muchos países y sólo rarísimas veces se aplica en otros; no; esa compasión hacia los que la ley condena a muerto, es tan antigua como la hidalga sangre que corre por nuestras venas. En todo tiempo se ha visto en España confundirse las clases sociales, acudir a los poderes públicos en demanda de indulgencia para los reos de muerte, y, de no poder alcanzarla, asistirlos, consolarlos en lo posible, y hacerles más llevaderos sus últimos instantes.

A un obispo, al de Lérida, le estaba reservada en estos tiempos la poco envidiable gloria de romper con tan antigua y humanitaria tradición.

Hallábase en Lérida condenado a la última pena un infeliz carabinero, que en un momento de extrarrio dió muerte a un sacerdote en un pueblo de aquella provincia. Aproximábase el Jueves Santo, día en que los reyes de España tienen el hermoso, acaso el único envidiable privilegio, de poder indultar a varios reos de muerte en el acto de la adoración de la Cruz, ceremonia religiosa que recuerda que Cristo murió perdonando y pidiendo perdón para sus propios verdugos.

Pues bien; con motivo de dicha fiesta, todo Lérida, salvo una excepción, acudió a la Regente pidiendo perdón para el desdichado carabinero, que parece presentar síntomas de enajenación mental; y no sólo de Lérida, sino de toda España, se recibieron sentidos telegramas y conmovedoras cartas interesándose por la suerte de ese infeliz y pidiendo su indulto, mientras en Madrid numerosas personas caritativas o simplemente humanitarias, acudían al gobierno y al trono solicitando lo mismo.

Do pronto una nota discordante vino a perturbar tan hermoso concierto.

El obispo de Lérida, el mismo jefe espiritual del reo, solicitó por telégrafo que en manera alguna se le indultase. El obispo de Lérida, sí; el que, aun cuando fuese por mera fórmula, debía estar mas interesado en gestionar y obtener el indulto.

¡El primero que debería dar ejemplo de amor y caridad, dándolo de venganza y ensañamiento! ¡El que debiera ser pastor amante de sus ovejas, aun de las extraviadas, convirtiéndose en lobo que quiere su exterminio!...

¡Buen modo de prepararse a las solemnidades de la Semana Santa, inspiradas en el amor y mansedumbre de Jesús! ¡Excelente manera de imitar a aquel que, moribundo en la cumbre del Gólgota, pidió a su padre perdón para sus mismos asesinos!

El nombre de ese obispo pasará a la historia, sino como modelo de bondadosos príncipes de la Iglesia, como el de feroces señores de horca y cuchillo que no olvidan ni perdonan.

¡Es mucho lo que influyen en los sentimientos del hombre los preceptos religiosos!

## UNA MONJA SUICIDA

La abadesa del convento de Trinitarias situado en la calle de Lope de Vega de esta capital, se ha suicidado, arrojándose por una ventana.

Llamábase sor. Eugenia de San José de Calasanz, tenía sesenta y dos años, y, según parece, venía dando señales de enajenación mental.

Lamento la desgracia, pero no puedo menos de censurar a los que, sabiendo el estado de perturbación de dicha señora, permitían que continuase desempeñando su difícilísimo cargo, sin dar cuenta de ello a los superiores de la orden ni al obispo.

¡Un convento dirigido por una loca! ¡Qué anarquía! Porque, una de dos: ¡obedecían las monjas a



# EL MOTIN



La política fusionista.



su superiora, aunque demente legítima, ó no? En este último caso faltaban al sagrado voto de obediencia (pecado enorme, tratándose de religiosas); en el primero, el convento parecería un manicomio.

No puede ninguna corporación, sea cual fuere, funcionar regularmente cuando su jefe está incapacitado. En el mismo cuerpo humano, cuando la cabeza está enferma, se resiente todo el organismo.

¿Qué hacían, pues, las demás monjas y los capellanes de la casa que no participaban lo que ocurría, aquéllas á su provincial, éstos al ordinario?

¿Había en la casa alguien á quien conviniese sostener aquel estado de cosas? Pudiera ser.

Mas sealo ó no, lo cierto es que, á sabiendas, se ha estado ocultando un hecho que no debieran ignorar, los superiores, por lo menos.

Siempre el constante afán de ocultar al mundo lo que pasa en los conventos; siempre el misterio y el sigilo mal entendido por norma.

Hubiera seguido hasta no se sabe cuándo ese desorden monástico en la calle de Lope de Vega; hubiera creído la gente que allí existía una comunidad ordenada, bien regida y entregada á sus habituales rezos, y hasta se hubiera seguido cobrando la nómina de la abadesa loca (*quod erat demonstrandum*), si ésta no se hubiese suicidado, dando lugar á que interviniese el juzgado y se propalase con la noticia del suicidio la de la anterior locura de sor Eugenia.

Un eminente crítico, hablando de este suceso y de la costumbre que tienen los neos de atribuir los suicidios á la lectura de novelas y libros mundanos, hace notar que esa religiosa probablemente no habría leído dos novelas en su vida.

Verdad inconcusa, que no he de detenerme en demostrar. No es ese mi objeto por ahora, sino el censurar que se haya permitido ni por un momento desempeñar el cargo de abadesa á una persona incapacitada; mas, por lo visto, lo mismo sirve para el caso una loca que una cuerda.

Aunque bien mirado el asunto, ¿acaso están en su cabal juicio las demás monjas que se encierran entre cuatro paredes para dedicarse á rezos que no entienden, eximiéndose así de las leyes y deberes que la naturaleza y la sociedad les imponen?

No. Esas desdichadas son monomaniacas todas, que se suicidan lentamente, en vez de hacerlo en un instante dado. Sor Eugenia no se suicidó hace una semana: lo hizo el día que profesó.

## LAS DOS MEDIAS

(TRADICIÓN PIADOSA)

Fué Santo Toribio un obispo sabio, caritativo y prudente, honra y prez de la mitra de Astorga.

Su castidad era tan excesiva, que cuando por necesidad tenía que hablar á una mujer, sus pudorosos ojos se fijaban en tierra y no se atrevía á levantar la vista.

No les sucedía lo mismo á varios canónigos de su cabillo, los cuales tenían las amas á pares, las queridas por docenas y los hijos por gruesas.

Como el libertinaje es enemigo encarnizado de la castidad, y la purísima vida de su prelado hacía resaltar más la suya desmoralizada, tenfanle odio, ya que no envidia, y un día, mejor dicho, una noche, idearon hacerle una jugareta de padre y muy señor suyos para desacreditarle.

Al efecto sobornaron á uno de sus pajes, y le quitaron una de sus medias moradas, sustituyéndola por una femenil y blanquísima como el ampo de la nieve.

¿Qué ajeno estaba el bienaventurado de que durante su beatífico sueño se hacía en su alcoba semejante escamoteo! ¡Cuán lejos de sospechar la celada que le tendían sus enemigos!

Al día siguiente levantóse como de costumbre, y se puso el par de medias que tenía á mano, sin fijarse en la diversidad de color. Está siempre tan preocupada la imaginación de los prelados, que no reparan en esas nimiedades.

Aquel día celebrábase en la catedral una soberana fiesta, y allí se fué el bendito luciendo su heterogéneo par de medias.

¡El murmullo que se armó entre fieles y beatas!

—¡Mira, mira—decían cuchicheando;—parece tan santito, y, sin embargo, no duerme sólo, y se ha puesto una media de su compañera!

¿Qué no sospecha la malicia de las beatas?

Los prolongados murmullos y las irreverentes risas hubieron de advertir al bondadoso prelado de que algo extraordinario ocurría en el templo. Miraba á todas partes y no veía nada que justificase el regocijo de los fieles.

¡De que buen humor están hoy mis diocesanos! —decía con su candor angelical.

Por fin, uno de sus oficiosos cortesanos le advirtió el *quid pro quo* de las medias.

—¡Ahora me lo explico todo!—debió exclamar el santo; y para vindicarse de las injustas y malévolas suposiciones que de su conducta se hacían, exclamó sobre poco más ó menos:

—Pongo á Dios por testigo de que soy inocente de la menor liviandad, y espero que lo confirme con un milagro. ¿Veis estas ascuas del incensario? Pues las voy á echar en mis vestiduras. Si soy culpable de lo que sospechais, arderán inmediatamente, y si no permanecerán intactas.

Así lo hizo, y las brasas respetaron las ropas del santo, el cual inmediatamente abandonó la diócesis sacudiéndose el polvo de las zapatillas, por no querer ni aún el polvo de gentes tan malvadas unas y tan maliciosas otras.

Aquí debiera poner punto final; pero no lo haré sin dirigir antes una exhortación, fruto de tan verídica como maravillosa historia:

«Vosotros ¡oh impíos!, que os pasáis la vida haciendo juicios temerarios de los castos sacerdotes, no murmureis de ellos aunque los veáis con una media negra y otra blanca; ¿quién sabe si tendrán algún enemigo oculto?

En caso de duda, cuando tal veáis, arrimadles una cerilla al manto y el fuego atestiguará su castidad. ¡Vereis, vereis como no arde ni un pelo de la ropa!

Eso sí, el cura á quien tal le suceda debe salir sin perder tiempo del curato, imitando en eso al bienaventurado Santo Toribio, que en la gloria nos espere muchos años. Amén.»

J. G. L.

## LA MANO DEL PARROCO

¡Oh mano, aunque fea y tosca, bendita del reverendo!

¡Cuántas cosas y cuán varias haces con tus cinco dedos!

Tú administras el bautismo á los chiquillos del pueblo,

haces la inscripción al punto y les cobras los derechos;

tú das la absolución santa á quien contrito y confeso,

renegando de sus culpas, aspira á subir al cielo.

Cual por ensalmo conviertes en dos minutos ó menos un pedazo de pan ácimo

en Cristo y Dios verdadero.

Unges con óleo bendito á agonizantes enfermos,

y unes en estrecho lazo á enamorados mancebos.

Tú traduces en borrones los sermones sempiternos

que fragua y perpetra el *pater* allá en su oscuro cerebro.

Tú maneja el tabuco con que en no lejanos tiempos,

para defender al *Chapa* se echó á las matas tu dueño.

Blandes el ligero hisopo, hojeas el evangelio,

esgrimes el incensario y bendices á los muertos...

Pero lo que más me admira, es la gracia y el salero

con que, por la menor cosa, das una paliza al verbo.

## SINIESTRO MISTICO

*De cómo ardieron ó estuvieron á punto de arder San Juan y la Virgen.*

Estamos en la Plaza de San Francisco de Sevilla. Es el 26 de Marzo, y el público sevillano contempla desde palcos y sillas el paso del *paso* ó grupo de San Juan de la Palma, en que figuran la madre del redentor y su primo y precursor el bendito San Juan Bautista.

Ambas imágenes ostentan ricas vestiduras, ambas van materialmente cubiertas de alhajas que para tales casos presta la piedad sevillana. Sólo el manto de la Virgen, que se hizo el año pasado, está valuado en tres mil duros.

Ha anochecido, y el célebre *paso* prosigue su marcha lenta y magestuosa, iluminado además del resplandor de los cirios, por la luz eléctrica del alumbrado público.

No puede darse cuadro más patético y conmovedor. Más de una beata se conmueve y llora de alegría remojando de paso el asiento que ocupa.

Mas ¡ay! de repente una vela se inclina hasta rozar con su llama el manto de María Santísima. ¿Lo respetará? Así lo esperan las gentes de fe arraigada y profundas convicciones católicas.

Mas la fé también se engaña, como ciega que es.

El manto arde lo mismo que cualquier tela destinada á lujos mundanos, y no sólo se incendia el manto, sino además la imagen de María, y no sólo ésta, sino también la de su compañero San Juan.

Algunos fervorosos creyentes opinan que se debe implorar al cielo que descargue una nube para apagar el fuego; otros, más tibios pero más prácticos, se arrojan á las imágenes, y soplo por aquí, y soplo por allá, apabullon por allí, y apabullon por aquí, consiguen apagar el incendio.

Afortunadamente las imágenes, salvo la pérdida de las ropas, sólo han sufrido en el incendio leves quemaduras. Esto tiene fácil arreglo, y cuanto á lo otro, ya se encargarán los devotos de proveerlas de nuevas galas, aunque cuesten muchos miles de duros. Así, para que rabien de envidia mas de cuatro pobres que no tienen ni camisa que ponerse.

*Epílogo.*—A última se nota que han desaparecido varias alhajas de valor de las que las señoras piadosas habían prestado para adornar á la Virgen.

Cosa de algunos devotos, que se las habrán llevado á casa para besarlas y contemplarlas más á su sabor por poco tiempo, de seguro, pues ya verán ustedes, cómo las devuelven un día de estos.

De lo contrario, resultaría que así como hay católicos que se dedican á vestir imágenes los hay que las desvalijan, ó que á las procesiones van muchos ladrones también.

A elejir.

## NUEVO PERIODICO

El 15 de Abril próximo se publicará el primer número de *El Folletín*, periódico diario destinado exclusivamente á satisfacer la necesidad, cada día más viva, que el público experimenta de leer buenas novelas, bien impresas y en forma adecuada para que al encuadernarlas queden los tomos exactamente iguales á los que espended los libreros, y que al mismo tiempo le resulten baratísimas.

Por la ínfima cantidad de una peseta en Madrid y una cincuenta céntimos en provincias, tendrán los lectores ocho páginas diarias de cuatro novelas diferentes de reputados autores nacionales y extranjeros, en total treinta y dos páginas diarias, ó sea dos pliegos de impresión en octavo frances, lo que dá un resultado al mes de cincuenta y dos pliegos, teniendo en cuenta que el periódico no se publicará los domingos.

Estos pliegos le costarían al público, comprándolos en una librería formando tomos y al precio corriente, nueve pesetas, en la misma forma que puede así adquirirlos por una en Madrid y una cincuenta céntimos en provincias.

Suponiendo que los cincuenta y dos pliegos formasen novelas de á trece cada una, resultaría que al suscriptor de Madrid le saldría por veinticinco céntimos cada novela, y al de provincias, á causa de los gastos de correos, por treinta y siete, cantidades verdaderamente fabulosas por lo pequeñas.

*El Folletín* publicará las mejores obras que han escrito los autores de más renombre, tanto nacionales como extranjeros. De ello comienza á dar prueba clara en las obras que publica en su prospecto, de Dumas (padre), Balzac, Alfonso Karr y Campoamor; á las que seguirán otras de Octavio Feuillet, Lamartine, Méry, Víctor Hugo, Michelet, Teófilo Gautier, Jorge Sand, Emilio Souvestre, Julio Sandeau, Paul Féval, Murger, About, Conscience, condesa Dash, Girardin, Gozlan, Soulié, y otros autores no menos renombrados, alternando con las notables del repertorio moderno así como las nuevas cuyas propiedades pueda adquirir la empresa.

El número suelto se venderá á cinco céntimos en toda España.

Se suscribe en la administración, Fuencarral, 119, primero, y en las principales librerías.

## OBRAS NUEVAS

## UNA HORA MAS TARDE

NOVELA

per

ALFONSO KARR

Precio: TRES pesetas.

## HORTENSIA

NOVELA

por

ALFONSO KARR

Una peseta

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.